

ANDREA LONGARELA



El faro  
de los  
amores  
dormidos

**Andrea Longarela**

El faro de los amores dormidos



Un primer beso  
en una torre

# Alba

La última vez que pisé Varela sucedieron tres cosas:

1. Me enamoré.
2. Perdí la virginidad.
3. Me rompieron el corazón.

Sin duda, fue un gran verano lleno de experiencias y de cambios de los que aprendí y que influyeron en la persona en que me he convertido, aunque eso no evita que al regresar a este pueblo perdido rodeado de mar tenga una sensación incómoda en la piel. Y no es la sal de la brisa ni esa humedad que se te pega en cuanto te acercas a través de la carretera, estrecha y llena de baches. Es la certeza de que no quiero estar aquí. De que preferiría estar en cualquier otro lugar que en este rincón olvidado donde no queda nada de la chica que recorría sus calles en bicicleta hace cinco años.

Sin embargo, aparco frente a la casa de piedra en la que pasé los veranos de mi infancia y me bajo del coche. Todo sigue igual. Las ventanas cubiertas por las cortinas de topes que tejió mi abuela hace ya dos décadas. Las flores rojas flanqueando la puerta de madera. El balcón de la planta supe-

rior, un poco torcido por el paso del tiempo. El silencio, pese a ser las doce de la mañana de un viernes. La mirada vidriosa del abuelo escondida tras el cristal, preguntándose quién diantres ha dejado el coche en la entrada de su hogar.

Cojo aire y me preparo para llamar, pero me cuesta, porque volver a entrar en esta casa supone reencontrarme con una chica que ya no conozco.

«Alba, no puedes seguir así. Si quieres continuar bajo nuestro techo tienes que asumir responsabilidades. ¿No quieres estudiar ni buscar trabajo? Bien, pues tendrás que echarnos una mano.»

Las palabras de mamá me persiguen sin descanso; nuestra última conversación, tensa, tirante y llena de decepción, antes de verme empujada a hacer las maletas, me incordia como un mosquito zumbón. Por eso estoy aquí. Por ellos. Porque mis padres están hartos de mí y de mi falta de estabilidad. Podría culparlos, pero soy muy consciente de que haber acabado en Varela para cuidar del abuelo es solo culpa mía. Por mi tendencia a meter la pata. A no comprometerme con nada. A no saber qué quiero en la vida. Aunque, si soy sincera conmigo misma, sé que este malestar que noto en el estómago no tiene nada que ver con eso, sino con los recuerdos que abandoné aquí y que ahora vuelven con fuerza. Con aquel último verano que tanto me marcó.

Porque la última vez que pisé Varela creí enamorarme de un chico de paletas separadas, perdí la virginidad en la playa más bonita del mundo y me rompieron el corazón una tarde de tormenta. Y este podría ser el comienzo de una preciosa historia, el problema es que mi protagonista no es solo uno, sino tres. Las tres piezas de un amor de verano que acabó, como estos siempre hacen, y del que a ratos siento que aún no me he recuperado.

# El abuelo

Ha visto a la niña por la ventana. Esta tiene el pelo castaño muy largo y las pecas marcadas por el sol. No quiere que crezca nunca, pero el paso del tiempo es inevitable y ya se ha convertido en una mujer. Detesta que la vida pueda hacerle daño y desea que cumpla sus sueños.

«¿Con qué soñará mi pequeña Aida?», se pregunta.

Abre la puerta antes de que ella la golpee con los nudillos y se encuentran cara a cara.

—¿Por qué has tardado tanto en volver de la tienda? Estaba preocupado.

Ella no sonríe. Su rostro está serio, adusto como el de los hombres curtidos por el mar. No entiende lo que le dice. No, es peor, porque lo observa como si fuera él quien no comprendiera lo que tiene delante. Entonces abre la boca, habla y Pelayo advierte que esa voz no le pertenece. Es menos dulce, más astuta. Es una voz que lo hace viajar hasta otros recuerdos, entremezclados y difusos, en los que su hija no tiene cabida.

—Abuelo, soy Alba.

Pestañea ante sus palabras. Le sacuden la cabeza y siente que todo da vueltas. Aida se marcha y deja a cambio a una

joven más alta y ceñuda de lo que nunca fue su hija a esa edad. Pero sí, tiene razón, es Alba. Su nieta. No concibe cómo ha podido errar en algo tan obvio, porque se parecen, aunque nunca han sido dos gotas de agua. Pelayo la observa sin reparos. Recuerda su sonrisa torcida y la leve cicatriz blanquecina de su labio superior. Se lo abrió a los trece años en las rocas que rodean el faro.

—¿Qué estás haciendo tú aquí?

—Mamá te llamó, ¿te acuerdas? —No, no se acuerda, porque últimamente lo más familiar se aleja y por mucho que lo persiga se le escapa—. Vengo a pasar un tiempo contigo.

—¿Por qué ibas a hacer eso? Estoy muy bien solo.

Siente que algo en su interior se cierra, se pliega sobre sí mismo en un intento de protección. Porque cree que no necesita ayuda. No necesita más que su casa, su faro, su mar. Pese a ello, a Alba no parece importarle y se cuela dentro con una maleta.

—Pero yo sí que necesitaba un cambio. Los papás están hartos de mí, ¿sabes?, creo que me han dado por perdida. Piensan que unos meses aquí pueden hacerme reflexionar.

Pelayo la sigue y llegan al salón. Ella observa la casa y asiente, dando su aprobación. El hombre no sabe por qué lo hace, ya que todo está igual desde décadas atrás, pero entonces repara en su confesión y le pregunta con gesto severo:

—¿Qué has hecho?

—He dejado la universidad —responde Alba sin atisbo de vergüenza.

Al instante, un recuerdo sobrevuela su mente. Una sensación de que eso ya lo ha vivido. Le incomoda no entender por qué. Se apoya en el respaldo de una silla y lo aprieta con fuerza; necesita sujetarse a algo para dejar de sentir que todo se mueve, se desliza sin que pueda evitarlo. Las piezas de

su vida se desencajan cada vez más a menudo y necesita volver a afianzarlas en su sitio.

—Pero...

Ella intuye su confusión y le ofrece una certeza que Pelayo agarra al momento.

—Otra vez, sí. Después de abandonar Psicología, el curso pasado me matriculé en Sociología, pero este año... no. Se enteraron hace unos días, cuando empezaron las clases y no tenía adónde ir. Me gasté el dinero de la matrícula en un curso de fotografía. —Pone los ojos en blanco antes de que él la pueda reprender por su estupidez—. Sí, lo sé, una tontería. Pero es que soy de las que empalman unas con otras, está bien que lo sepas ya, por si acaso cometo alguna descomunal durante estos meses.

Ambos comparten una mirada en silencio. Su nieta va a quedarse, no tiene dudas, y además Pelayo les prometió a sus padres que con él estaría bien. Ahora se acuerda. Las lágrimas de Aida, la decepción de su voz, la desesperación por no comprender a su única hija. Si ella supiera lo parecidas que son...

—¿Hace cuánto que no venías a Varela? —le pregunta. Porque ya no sabe si es su memoria la que falla o que de verdad hacía años que no se veían. Al menos, no en el pueblo. En Navidad su hija lo arrastra a la capital, en un viaje exprés de ida y vuelta del que no para de quejarse hasta que toca de nuevo ese suelo.

Alba parece incómoda y su mirada se pierde en las fotografías familiares que llenan la sala. En muchas de ellas aparece como una cría desgarbada con magulladuras en las rodillas.

—Cinco años. Lo siento.

—Yo también.

Y Pelayo no sabe por qué le dice eso, si porque también se

siente culpable de estar tan atado a ese lugar como para no querer salir de allí o porque sabe que la visita de Alba no tiene nada que ver con su lamentable comportamiento, sino con que su propia cabeza se vacía por momentos. A eso ha venido la niña, a retener lo poco que queda de él antes de que los recuerdos mueran y su viejo cuerpo lo haga con ellos.

# Enol

Los recuerdos son como flechas. Silenciosos. Rápidos. Su efecto es fulminante. Devastador. Puedes mantenerlos alejados, olvidados en un rincón de tu mente, pero un día algo los activa de nuevo, las compuertas cerradas a cal y canto se abren y caen sobre ti como un tsunami del pasado, capaces de arrastrarlo todo a su paso.

—Enol, cariño, llévale la comida a Quintana.

Obedezco a la abuela, cojo el cesto de mimbre y salgo caminando hasta la casa de Pelayo.

Varela de Mar es un pueblo pequeño. En verano los turistas llenan las calles, aunque pocos son los que duermen aquí, ya que solo contamos con la posada de mi familia y un hotel de apenas diez habitaciones a las afueras. Suele ser sitio obligado de paso por esta zona por sus callejas empedradas, la belleza de los acantilados y el paisaje de postal con el faro de fondo, pese a que la carretera de acceso es estrecha y está mal iluminada, lo que ayuda a que muchos desistan antes de llegar a su destino. Pero cuando empieza el otoño todo vuelve a la normalidad. Doscientos treinta y tres habitantes censados. Un bar. Una tienda de comestibles. Un horno de pan. Una vida sencilla y tranquila que solo unos pocos valoramos.

Por eso, cuando me paro frente a la puerta de los Quintana, me extraña ver un coche de color blanco. Tiene una abolladura en un lateral y está lleno de objetos desperdigados en sus asientos. Lo que se intuye una sudadera. Una fotografía oscura de lo que parecen dos pájaros. Un paquete de caramelos de menta.

Llamo a la puerta con los nudillos y espero a que el viejo me abra y me diga que no necesita nada. Le diré que la abuela ha hecho lentejas y mi madre su famoso arroz con leche cubierto de caramelo. Refunfuñará, pero me dejará pasar, yo sonreiré y le vaciaré el cesto en la mesa de la cocina. Me llevaré las tarteras del día anterior y le desearé buen provecho. Antes de irme me preguntará cómo está hoy el mar, con la mirada perdida en la ventana desde donde lo contempla, y le contaré que calmado y de ese color azul denso de las tardes de octubre. Básicamente, nuestro ritual de cada día.

Sin embargo, hoy no es Pelayo quien abre la puerta. Hoy en Varela ha sucedido algo que no esperaba ni para lo que estaba preparado. Hoy es el pasado el que me observa con los ojos entrecerrados y me obliga a enfrentarme a todos esos recuerdos que guardaba con candado.

—Hola, Enol.

Hoy es Alba la que regresa.

Pum. Como una flecha.